

cae sobre todas las cosas, pero no bajo todos sus aspectos. Hay quienes, distinguiendo las cosas en sí y las relaciones de éstas con nosotros, admiten como cierto el fenómeno ó la apariencia de las cosas, pero no el nómeno ó las cosas mismas en sí. Esos tales admiten como cierto, por ejemplo, la sensación de olor al aspirar el aroma de una rosa; pero dudan de que haya una rosa dotada de la propiedad de escitar en nosotros aquella sensación: admiten el olor, como fenómeno, pero no como nómeno. Los que dudan de todas las cosas consideradas en sí ó en cuanto son nómenos, profesan el escepticismo universal.

Si la duda no se estiende ni siquiera á todas las cosas, entónces el escepticismo es particular; y será de varias clases segun los objetos á que se refiera. Hay quienes dudan de lo suprasensible (que es objeto de los momentos abstractivo y deductivo), admitiendo como cierto lo sensible ó empírico. Tienen certeza respecto de las cosas averiguadas por la *observacion*, y dudan de lo que ha de ser conocido por la contemplacion de la *inteligencia* ó por el discurso de la *razon*.

Hasta algunos limitan la certeza relativa al momento empírico, escluyendo de la misma ciertos objetos que han de ser conocidos mediante el testimonio ajeno. Asienten á lo percibido por medio de los sentidos exteriores ó del sentido íntimo, se adhieren tal vez á la autoridad de otro hombre viviente, por creerle dotado de ciencia y veracidad; pero dudan de la verdad de lo contenido en los documentos históricos. Tal escepticismo suele designarse con el nombre de escepticismo histórico.

De este modo se divide el escepticismo considerado por parte del objeto. Si lo consideramos por parte del sujeto, podremos distinguir dos grados en su duda, y segun ellos, dos clases de escepticismo. La duda puede tomarse en sentido estricto en cuanto denota la vacilacion del entendimiento entre dos ó más extremos, de manera que no se adhiere ni levemente á uno más bien que á otro. Puede tomarse tambien en un sentido general en cuanto denota la incertidumbre, ya sea ésta la del significado anterior, ya la del que se adhiere á un extremo no con firmeza, sinó con alguna vacilacion por temor al estre-

mo opuesto. Por tanto es posible un escepticismo en que el sujeto tenga duda estricta; y otro en que el sujeto, sin llegar á tener certeza, profese no obstante una opinion que crea probable. Escepticismo radical puede ser llamado el primero; y escepticismo moderado, el segundo.

Hasta aquí hemos hablado del escepticismo puro, ó sea de aquel en que no se busca un medio para superarlo, sinó que se hace asiento en él. Además de éste hay otro escepticismo en que se busca aquel medio, y se cree encontrarlo fuera de la razon en Dios, ó fuera de la razon teórica en la razon práctica. Tal escepticismo podría llamarse misto, porque va unido con cierto dogmatismo. Los que lo profesan son escépticos cuando tratan de la razon humana ó de la razon teórica: y son dogmáticos en cuanto se apoyan en Dios, ó en los principios de la razon práctica. El escepticismo misto, por razon del diverso fundamento que da á la certeza (Dios ó la razon práctica), es escepticismo místico en el primer caso, y escepticismo kantiano en el segundo.

CAPÍTULO XVI

Limitacion real del escepticismo

I

Habiendo dicho en qué consiste el escepticismo, y cuáles son sus clases, veamos ahora hasta qué punto lo profesan los que en diversas épocas han caído en este error.

Nadie practica un escepticismo espontáneo, no sólo universal, pero ni siquiera estendido á la totalidad de uno de los tres momentos científicos. Hasta los escépticos revelan de mil ma-

neras la certeza que tienen cuando obran espontánea ó directamente, cuando no tienen ocasion de reflexionar sobre sus actos, y de dar entrada á sus preocupaciones filosóficas. Un escéptico á la vista de un espectáculo sorprendente de la naturaleza prorumpirá en palabras de entusiasmo y de admiracion; y al ver inminente un gran mal, ó al contemplar una súbita catástrofe, lanzará un grito de horror y de espanto. Con estos actos el escéptico manifiesta la firme conviccion que tiene de la grandiosidad del espectáculo de la naturaleza, y de la gravedad del mal inminente ó realizado: conviccion espontánea, adquirida á la presencia de los objetos, y de un modo inevitable impuesta al entendimiento. En ciertos casos un escéptico preguntado sobre sus ocupaciones, se entregará á la expansion de la amistad, manifestará lo que ha pensado y lo que ha sentido, y no tendrá vacilacion alguna tocante á la realidad de estos actos psicológicos que ha observado en sí mismo. Si un escéptico ha de hacer una cuenta en la cual esté interesado, no vacilará en afirmar la proposicion vista en el momento abstractivo: *dos y dos son cuatro*; ni en hacer deducciones claras y evidentes. Y á quien se equivocara, y de este modo le irrogase perjuicio, sabría corregirle, sosteniendo resueltamente la proposicion mencionada y otras semejantes, no ménos que las deducciones evidentes. Estos hechos y otros muchos prueban que tanto en el momento empírico como en los momentos abstractivo y deductivo, tienen los escépticos mismos mucha certeza espontánea ó directa.

Es verdad que del Padre del escepticismo antiguo, de Pirron, se dijo que veía con pasmosa indiferencia un abismo en el cual podía despeñarse, un carro del cual iba á ser atropellado, y que sólo por la solicitud de sus amigos era preservado de una desgracia irremediable. Tales hechos, á ser verdaderos, indicarían que Pirron ni espontáneamente estaba cierto de los objetos que veía, y de los males que evidentemente le amenazaban. Pero aquellos hechos están desmentidos por el escéptico Enesidemo, y son inconciliables con la avanzada edad en que murió Pirron, y que sin duda no alcanzara con su desatentada conducta, sobre todo si tuvo la aficion á viajar que se le atribuye. Además de esto, tales hechos no se avienen con la ma-

nifiesta é irresistible fuerza de la evidencia, y con el instinto natural de la conservacion (1).

En los tiempos modernos Kant, á pesar de todo su escepticismo teórico, cuando espresaba sus actos espontáneos, daba á conocer la certeza que tenía de la realidad y naturaleza de muchos hechos experimentales. En la dedicatoria de su *Crítica de la razon pura* espresaba el sentimiento de gratitud de que estaba poseído para con el ministro de Estado, Baron de Zedlitz; y consignaba que la aprobacion de un juez competente es un poderoso estímulo para los sacrificios exigidos por el amor á la ciencia. En una carta á Mendelssohn escrita posteriormente, declaraba que su *Crítica de la razon pura* era el resultado de las meditaciones de doce años por lo ménos, y que la había redactado en el espacio de cuatro ó cinco meses, atendiendo mucho al fondo, y poco á la forma y á la claridad de estilo. En esta misma carta manifestaba que era de edad sobrado avanzada para atender á todas estas cosas en la composicion de una obra estensa. Así revelaba Kant su certeza *espontánea* tocante á hechos observados, á la naturaleza de las cosas, y á sus relaciones, despues que en sus *reflexiones* filosóficas consignadas en la *Crítica de la razon pura* había negado la posibilidad de la certeza tocante á las cosas referidas.

En nuestros días Ausonio Franchi, uno de los filósofos que en Italia siguen la tendencia kantiana, ha declarado resuelta y paladinamente el hecho y la necesidad de la certeza espontánea ó directa. Ha dicho este filósofo que *espontáneamente* el hombre tiene la persuasion irresistible de que las cosas son tales como su espíritu las ve; pero que despues *reflexionando* no encuentra un motivo para justificar esta certeza; y por esto se ve precisado á dudar. El hombre cree por instinto, y duda por reflexion (2). Con estas afirmaciones consigna Ausonio Franchi una limitacion contenida en todo escepticismo, la del pensamiento espontáneo ó directo; y además, el dualismo que las doctrinas escépticas ponen en el entendimiento.

(1) Vide Zeller: *Die Philosophie der Griechen*, etc.; 3.^a parte, secc. 1.^a, pág. 482, ed. 3.^a, 1880.

(2) V. Stöckl: *Lehrbuch der Geschichte der Philosophie*: 2.^a ed., 1875, págs. 928, 929.

II

El escepticismo real tiene dos clases de limitacion: una en el terreno de la espontaneidad ó de los actos directos, otra en el terreno de la reflexion ó de los actos reflejos.

Los que profesan el escepticismo reflejo, le ponen de una ú otra manera alguna limitacion por lo que hace á la estension objetiva: ó no dudan de todas las cosas, ó no dudan de ellas bajo todos los aspectos. Unos profesan un escepticismo particular; y por lo tanto tienen certeza respecto de algunas cosas á lo ménos: tales son los que profesan no más que el escepticismo histórico, y los que dudan solamente de las cosas suprasensibles. Otros profesan un escepticismo universal, dudando de todas las cosas; pero no llegan á dudar del aspecto fenomenal de las mismas. El fenómeno ó la apariencia lo admiten hasta los escépticos más radicales: no pudiendo sustraerse á la fuerza de la evidencia, y no queriendo confesar que veamos las cosas mismas, confiesan que las cosas nos *aparecen* de tal ó cual modo. De donde resulta que por lo ménos el escepticismo no comprende el fenómeno ó la apariencia de las cosas; y que por consiguiente no existe en realidad un escepticismo universalísimo, que abarque todas las cosas y todos sus aspectos.

Tanto respecto de los escépticos antiguos, como respecto de los modernos, existen pruebas de que unos y otros admiten por lo ménos el fenómeno, y de que si profesan una duda universal, la profesan relativamente á las cosas en sí. Por lo que atañe á los escépticos antiguos poseemos los testimonios consignados en las obras de Diógenes Laercio, y algunos pasajes muy terminantes de los escritos de Sexto Empírico. Segun refiere Diógenes Laercio, los pirrónicos, contestando á las objeciones de los dogmáticos, decían: «Nosotros admitimos los fenómenos, pero no la conformidad de las cosas con los mis-

mos (1);» y Timon, filósofo de la misma escuela, concretando este principio general, añadía: «No afirmo que la miel sea dulce, pero confieso que lo parece (2).» El mismo Diógenes hace mencion de otros varios escépticos, de Zéuxis, discípulo de Ene-sidemo, de Antíoco laodiseno y de Apéles, afirmando de todos ellos que únicamente admitían los fenómenos (3).

Con Diógenes Laercio concuerda el escéptico Sexto Empírico; puesto que en varios lugares de sus *Instituciones pirrónicas* atribuye á los suyos la doctrina mencionada por aquel historiador. «Á mi entender, dice Sexto Empírico, no conocen nuestras doctrinas los que dicen que los escépticos negamos los fenómenos. Segun decíamos ántes, no desechamos las cosas que por la impresion que hacen en nuestra fantasía nos inducen á un asenso irresistible, cuales son los fenómenos. Cuando empero examinamos si el objeto es tal como aparece, concedemos que aparece, pero dudamos que sea del modo que se afirma..... Así concedemos que la miel nos parece tener un sabor dulce, porque esta dulzura la sentimos; y sin embargo dudamos que la miel sea dulce, segun el dictámen de la razon (4).» — «El escéptico, dice en otro lugar el mismo Sexto Empírico, admite las afecciones que necesariamente experimenta á causa de las impresiones recibidas en su fantasía: de aquí es que cuando siente calor ó frío, no dice que le parezca no sentirlo (5).»

Así habla Sexto Empírico, uno de los más decididos escépticos de los tiempos antiguos; y no le van en zaga los escépticos modernos. En la filosofía de Kant es capital la distinción entre el fenómeno y el nómeno, como tambien la afirmacion de que conocemos el primero é ignoramos el segundo. En la *Crítica de la razon pura* Kant dirige sus esfuerzos á justificar la duda relativa al nómeno ó á las cosas en sí, pero deja intacto

(1) ... Τὸ φαινόμενον τιθέμεθα, οὐ γὰρ ὡς καὶ τοιοῦτον ὄν. (*Diogenis Laertii Vitae Philosophorum*: ed. F. Didot 1878, pág. 251).

(2) Τὸ μέλι ὅτι ἐστὶ γλυκὸν οὐ τίθημι, τὸ δ' ὅτι φαίνεται ὁμολογῶ. (*Ibid.*, pág. 252).

(3) ... Τιθέσσι τὰ φαινόμενα μόνον. (*Ibid.*, pág. 252).

(4) *Sexti Empirici Opera graece et latine*, ed. cit. Pyrrhon. Institut., lib. I, cap. 10, págs. 14, 15.

(5) *Ibid.*, c. 7, pág. 11.

el fenómeno, ó sea el objeto aparente. Pretende él que cuando alguna cosa impresiona y afecta nuestra facultad sensitiva, nosotros ponemos ó aplicamos una forma *a priori* que ordena y unifica la multiplicidad del mundo fenomenal. De la union de estas dos cosas resulta el acto de la percepcion ó la esperiencia; y el objeto de este acto es el fenómeno (1). Por tanto, segun Kant, con la percepcion ó esperiencia no conocemos lo que son las cosas, pero sí lo que nos aparece: quedamos inciertos tocante á las cosas en sí; y tenemos certeza relativamente á las apariencias. Por esto no nos causa maravilla el ver que Kant unas veces habla espresamente de la *certeza de la esperiencia*, tomándola por punto de partida de un argumento (2); y otras, dando por conocido el mundo fenomenal, afirma con toda seguridad que á él se refieren y aplican las ideas y principios de la razon (3).

III

En el mismo terreno de los actos reflejos se pone á veces otra limitacion al escepticismo: se afirma que se ha de dudar de todo, pero en este objeto de la duda no se incluye la doctrina escéptica. Aunque se diga que se ha de dudar de todo, se afirma esto con seguridad, revelando así que no se abriga duda sobre este punto doctrinal.

No todas las escuelas escépticas han puesto semejante limitacion á su escepticismo; ántes algunas de ellas han declarado espresamente que en la duda comprendían su doctrina tocante á la misma. La escuela escéptica de Pirron, restaurada por Enesidemo y seguida tambien por Sexto Empírico, pertenecía á estas últimas, y rechazaba el dogmatismo de una ma-

(1) V. *Kritik der rein. Vernunft*: I, Erst. Th., § 1, ed. Kirchmann, 1877, pág. 71.

(2) *Kritik der rein. Vern.*: Einl. II; ed. cit., pág. 49.

(3) *Ibid.*, pág. 251.

nera universal, segun es de ver en varios pasajes de Sexto Empírico. «Las espresiones de duda, dice él, no las emplea el escéptico como si las cosas fueran absolutamente tales; puesto que opina que así como esta máxima: *todas las cosas son falsas*, comprende su propia falsedad, así tambien esta otra: *nada hay verdadero*... El escéptico habla de tal manera que sus palabras se abrazan y comprenden á sí mismas (1).» Y así, cuando los pirrónicos dicen que se ha de dudar de todo, no afirman con certeza esta máxima, sinó que la comprenden entre los objetos de la duda. Por esto es que cuando Sexto Empírico trata de las razones favorables al escepticismo, para que no pueda ser argüido de dogmático tocante á la doctrina escéptica, tiene cuidado de advertir que no asegura nada relativamente al peso é importancia de dichas razones, y que pudieran tenerla escasa (2).

En otro lugar añade él mismo: «Advertimos despues de esto que de ninguna de las cosas que diremos, afirmamos que sea tal como decimos; sinó que de cada una de ellas referimos lo que nos parece á manera de historiadores (3).» Con esto manifiesta Sexto Empírico que cuando enseña que se ha de suspender el asenso acerca de todas las cosas, no afirma esto como una cosa cierta. Y no contento con esta observacion general, de vez en cuando hace otras especiales, diciendo, por ejemplo, que aduce tales razones por vía de disputa, ó que las tiene por probables sin darles asenso firme (4). ¡Tanto desea aparecer consecuente profesando una duda universal, estendida á su misma doctrina escéptica!—Enseñando esta doctrina, Sexto Empírico no hacía más que repetir la de Enesidemo y otros pirrónicos, quienes, segun el testimonio de Diógenes Laercio (5), declaraban á los dogmáticos que cuando decían que no fijaban ó determinaban nada, ni esto mismo fijaban ó determinaban. La afirmacion de la duda universal iba unida á la duda de la misma afirmacion.

(1) *Pyrrhon. Instit.*, lib. I, cap. 7, pág. 12, ed. cit.

(2) *Ibid.*, cap. 13, pág. 22.

(3) *Ibid.*, cap. 1, pág. 7.

(4) *Adversus Logicos*, lib. VII y VIII, págs. 398, 399, 400, ed. cit.

(5) *Ibid.*, lib. IX, núms. 104, 106.

Creyeron algunos que la Academia media (ó sea la segunda y la tercera) había esceptuado de la duda su doctrina escéptica, adoptando la máxima de Sócrates: «nihil se scire nisi idipsum (1).» Con esta limitacion se hubiera distinguido de la escuela de Pirron y de la de Enesidemo por el carácter ménos radical de su escepticismo considerado por parte del objeto. Sin embargo, el atento exámen de los documentos de la antigüedad ha hecho conocer la falsedad de aquella creencia, y ha probado que tanto Arcesilao como Carnéades, fundadores el primero de la segunda Academia, y el segundo de la tercera, negaban la certeza de la doctrina escéptica. Arcesilao, segun atestigua Ciceron, «negabat esse quidquam quod sciri posset, ne illud quidem ipsum quod Socrates sibi reliquisset (2);» y Carnéades, segun el mismo Ciceron, «ut illa habet probabilia non percepta, sic hoc ipsum nihil posse percipi (3).»

Tales son las declaraciones de estas escuelas respecto á la universalidad de su escepticismo. Ni asomos de duda tenemos de la sinceridad de tales declaraciones; ántes estamos persuadidos de que dichas escuelas han consignado el hecho psicológico de su duda tal como ellas creían haberlo observado.

Sin embargo, ¿tenemos algun motivo para sospechar una ilusion en semejantes observaciones? ¿Será posible que hayan creído dudar de su doctrina escéptica cuando á veces en realidad no hayan dudado? Observemos imparcialmente los datos contenidos en las obras donde constan aquellas declaraciones.

Sexto Empírico hacia el fin del libro VII *Adversus Logicos* advierte que á pesar de las razones por él aducidas para probar que no existe un criterio de la verdad, no asiente firmemente á esta doctrina negativa, porque á dichas razones se les oponen otras igualmente probables. No manifestando género alguno de duda con esta advertencia, parece estar cierto de que hay razones igualmente probables en pro y en contra de la existencia de un criterio de la verdad; y por consiguiente,

(1) Ap. Cicer., *Acad. Post.*, I, 4, ed. B. Tauchnitz, 1863.

(2) *Acad. Post.*, I, 12.

(3) *Acad. Pr.*, II, 34.

parece estarlo tambien de que es dudosa la existencia de este criterio. Como que de tal existencia depende el conocimiento de la verdad, la certeza de ser dudosa aquella existencia habría de traer consigo la certeza de ser dudoso este conocimiento. De este modo se llegaría á la conclusion cierta de que es necesario suspender todo asenso firme.

En el libro VIII de la misma obra, número 14, Sexto Empírico termina una de sus razones contra los dogmáticos en la forma siguiente: «Ya que para llegar á conocer la verdad de una cosa, son necesarias infinitas suposiciones, y éstas son imposibles, no se puede conocer con certeza la verdad de cosa alguna.» Certeza indican estas palabras, como la indican las de las otras partes de esa misma argumentacion de Sexto Empírico. Parece, pues, que entónces estaría firmemente convencido de que, no pudiendo ser conocida con certeza la verdad de ninguna cosa, se había de dudar de todo.

Ciceron, que estaba adherido á la Academia media, y profesaba la doctrina citada de Arcesilao y de Carnéades, refiere las razones favorables al escepticismo, espone la cuarta, fundada en que á todo objeto percibido hay otro tan semejante que en nada se distingue de él, y suponiendo que tal semejanza no existiera, añade: «Videri certe potest; fallet igitur sensum, et si una fefellerit similitudo, dubia omnia reddiderit (1).» Este modo de hablar no da indicios de duda alguna, y hace sospechar que en aquel momento Ciceron no la tenía respecto á la verdad del escepticismo. Un filósofo dogmático no hubiera espuesto sus doctrinas en tono diferente.

El mismo Ciceron, tratando de la naturaleza de Dios, toca otra razon que le llevaba al escepticismo, á saber, la diversidad de opiniones entre los sabios, y dice: «Cogimur dissensione sapientium dominum nostrum ignorare (2).» Usando la palabra *cogimur*, deja entender que tenía por convincente la razon fundada en la diversidad de opiniones. Y como las razones convincentes engendran certeza en el entendimiento, y Cice-

(1) *Acad. Pr.*, II, 26.

(2) *Acad. Pr.*, II, 41.

ron aduce la diversidad de opiniones en este caso para legitimar la duda tocante á la naturaleza de Dios, y en otros para legitimar la duda universal, parece que en tales casos debió estar cierto de la legitimidad de esta última duda.

Dando Ciceron tanta importancia á la diversidad de opiniones, no es maravilla que introduzca al académico Cotta disputando con Balbo acerca de la existencia de los dioses, y ponga en su boca las siguientes palabras: «Remque mea sententia minime dubiam, argumentando dubiam facit (1).» Nótese la diferencia que va de la primera á la segunda parte de esta espresion, de la que contiene la doctrina de la existencia de Dios á la que se refiere á las razones para probarla. Ciceron y Cotta afirmaban la existencia de Dios apoyados principalmente en la creencia general del linaje humano; pero por su adhesion á la Academia no tenían cabal certeza de esta verdad. Por esto Cotta la llama no dudosa *mea sententia*, dejando con esto entrever que no estaba cierto de todo en todo. El temperamento de *mea sententia* no lo pone Cotta en la segunda parte, sinó que dice absolutamente: *argumentando dubiam facit*. Y es que tanto él como Ciceron, siguiendo á la Academia media, encontraban un motivo de escepticismo en la diversidad de opiniones y de argumentos en pro y en contra; y en la frase citada hacían de esto una aplicacion á la doctrina de la existencia de Dios. Presentando, pues, este motivo de escepticismo sin dar indicio de duda, parece que tenían por cierto que en virtud de la diversidad de opiniones y argumentos no podía haber certeza.

Queriendo esponer con lealtad la doctrina de las escuelas escépticas, primero hemos aducido pasajes en que terminantemente afirman la inclusion de la doctrina escéptica en el objeto de su duda, y despues hemos añadido otros que parece se avienen mal con la afirmacion anterior. Enemigos de exageracion, nos guardamos de decir categóricamente que los discípulos de Pirron y los de la Academia media estuvieran ciertos de la verdad de su doctrina escéptica. Sin embargo, entendemos que á pesar de sus afirmaciones en contrario, estamos autorizados

(1) *De Deor. Natura*, III, 4.

para sospechar que en algunos casos tuvieron dicha certeza. Reflexionando sobre el conjunto de sus afirmaciones, vemos un deseo de duda universal, y un esfuerzo para salvar la consecuencia incluyendo en aquella duda su doctrina misma. Pero columbramos tambien algo más poderoso que aquel deseo y aquel esfuerzo, conviene á saber, la inclinacion de la naturaleza, que rompiendo por todo les llevaba á la certeza en no pocas ocasiones.

Si las referidas escuelas no fueron dogmáticas en orden á su escepticismo, sin duda lo fué Kant relativamente al suyo. Ábrase su *Critica de la razon pura*, y en no pocos lugares se verá la seguridad con que habla de la imposibilidad de conocer el nómeno ó las cosas en sí.

Unas veces afirma en general que el conocimiento de la razon pura no se estiende más allá del fenómeno, diciendo: «De esto se sigue *irrefragablemente* que las ideas de la razon pura nunca pueden servir para el orden trascendental, sinó tan sólo para el empírico» (que para Kant es el fenomenal).—...«Nuestro entendimiento no está limitado por la sensibilidad, ántes él le pone límites á ella, en cuanto á las cosas consideradas no como fenómenos, sinó en sí mismas, las llama nómenos. Pero luégo se pone tambien á sí mismo el límite de no poder conocerlas por medio de ninguna categoría, y de considerarlas, por consiguiente, como algo desconocido (1).»

Otras veces Kant niega en particular la posibilidad de co-

(1) Hieraus fließt nun unwidersprechlich, dass die reinen Verstandesbegriffe niemals von transcendentalem, sondern jederzeit nur von empirischem Gebrauche sein können... — ...Er (Unser Verstand) wird nicht durch die Sinnlichkeit eingeschränkt, sondern schränkt vielmehr dieselbe ein, dadurch dass er Dinge an sich selbst (nicht als Erscheinungen betrachtet) Noumena nennt. Aber er setzt sich auch selbst Grenzen, sie durch keine Kategorien zu erkennen, mithin sie nur unter dem Namen eines unbekanntes Etwas zu denken. (*Kritik der rein. Vernunft*, ed. cit., págs. 256, 265.)

nocer tal ó cual cosa en sí, como cuando dice que «nadie podrá gloriarse de saber que exista Dios y que haya otra vida (1).»

Otras en fin, no contento con negar á la razon humana la facultad de conocer las cosas en sí, pone en duda la posibilidad absoluta de tal conocimiento en la forma siguiente: «Nunca tendremos conocimiento del objeto no empírico, y hasta ignoramos si es absolutamente posible tal conocimiento trascendental y extraordinario, por lo ménos en el caso de servir de medio nuestras categorías ordinarias (2).»

Con estas y otras semejantes espresiones Kant nos da á conocer que no abriga duda tocante á su escepticismo. Pretende que por medio de la razon pura, sin valernos de postulados prácticos, no podemos conocer más que los fenómenos; y sin embargo, en sus especulaciones nos manifiesta tener conocimiento cierto no de la *apariencia* de la imposibilidad, sino de la imposibilidad misma de conocer las cosas en sí.

De este modo ponen muchos escépticos una limitacion á su escepticismo, no comprendiendo su doctrina escéptica en el objeto de la duda.

IV

Otra limitacion encontramos muchas veces en el escepticismo real, contenida en las afirmaciones dogmáticas relativas á muchos objetos distintos de la doctrina escéptica. Despues de haber reflexionado sobre su conocimiento, y haber asentado la necesidad de la duda universal, en sus mismas especulaciones escépticas manifiestan no pocos filósofos estar ciertos de lo que debieran poner en duda á no ser inconsecuentes. Respecto

(1) Zwar wird freilich sich Niemand rühmen können, er wisse, dass ein Gott und dass ein künftig Leben sei. (Ibid., pág. 638).

(2) Denn dieses (el objeto no empírico) wird uns immer unbekannt bleiben, so gar, dass es auch unbekannt bleibt, ob eine solche transcendentalé (ausserordentliche) Erkenntniss überall möglich sei, zum wenigsten als eine solche, die unter unseren gewöhnlichen Kategorien steht. (Ibid., pág. 266).

á los tres momentos de la ciencia, empirismo, abstraccion y deduccion, encontramos indicios de semejante certeza.

Concretándonos á los filósofos mencionados en el párrafo anterior, empezaremos por Sexto Empírico.

En su introduccion á la obra *Adversus mathematicos* afirma sin vacilacion alguna que los pirrónicos eran muy eruditos, que el vulgo los tenía en mucha estima,—que Epicuro fué discípulo de Nausífanos,—que escribió una carta á los filósofos de Mitilene,—y que en muchos puntos está probada (*ἐλέγχεται*) su ignorancia. Usando la palabra *ἐλέγχεται*, que significa conviccion ó demostracion, y no pudiendo haber una prueba convincente ó demostrativa sin certeza, no sólo en la conclusion, sino tambien en el hecho y principio que sirvan de premisas; Sexto Empírico, al afirmar esto, debió abrigar certeza en órden á los momentos empírico, abstractivo y deductivo. Falta de certeza las premisas, no la comunicarian á la conclusion que de ellas se deriva; y falta de certeza la conclusion no consentiría el uso de la palabra *ἐλέγχεται*, y exigiría el de otra inferior, como por ejemplo, indicio, conjetura, probabilidad, etc. Los demas hechos asegurados por Sexto Empírico indican certeza en el primero de los tres momentos.

En los cuatro capítulos del libro primero de la obra citada, Sexto Empírico, tratando de probar que no puede enseñarse ninguna doctrina, asienta el hecho de que todo cuanto existe, es corpóreo ó incorpóreo (núm. 19); afirma ó supone los principios de contradiccion, de exclusion de medio entre el sí y el no y de carencia de propiedades en la nada (núms. 13 15); y termina deduciendo que es *manifiesto* (*ὀφλον*) que no hay enseñanza ni quien pueda enseñar (núm. 38).

En vista de esto y del tono dogmático que con harta frecuencia descubrimos en Sexto Empírico, tenemos fundamento para creer que á pesar de sus protestas, á veces tuvo certeza en el momento empírico, en el abstractivo y en el deductivo.

Otro tanto decimos de Ciceron. Porque unas veces le vemos afirmar hechos empíricos como los siguientes: (Marco Varrone) «homine omnium facile acutissimo et sine ulla dubita-

tione doctissimo (1).»—... «Animi autem qui se sanari voluerint praeceptisque sapientium paruerint, sine ulla dubitatione sanentur (2).» Otras veces observamos que no vacila en asentar estos principios metafísicos: «Ipsa enim ratio connexi, cum concesseris superius *cogit* inferius concedere (3).»—«*An dubium est* quin nihil sit habendum in eo genere, quo vita beata compleatur, si id possit amitti (4)?»—..... «Opiniones cum tam variae sint tamque inter se dissidentes, alterum fieri profecto potest ut earum nulla, alterum certe non potest ut plus una vera sit (5).»

Por fin, le oímos discurrir con Sócrates y Platon acerca de la inmortalidad del alma en los términos siguientes: «Sentit igitur animus se moveri; quod cum sentit, illud una sentit, se vi sua non aliena moveri, nec accidere posse ut ipse umquam a se desseratur; ex quo efficitur aeternitas.»—«Cum pateat igitur aeternum id esse quod se ipsum moveat, *quis est qui hanc naturam animis esse tributam neget* (6)?» Al discurrir de este modo, Ciceron da indicios de estar cierto de hechos psicológicos, de principios metafísicos, y de la conclusion que de unos y otros sacaba.

Kant en su *Crítica de la razon pura* afirma sin mostrar vacilacion que ha recorrido el terreno de la razon pura,—que la esperiencia nos enseña que las cosas son de esta ó de aquella manera,—que tenemos conocimientos universales,—que nuestro entendimiento tiene la facultad de asentir (7); y otras cien cosas por el estilo, las cuales pertenecen todas al momento empírico.

En la misma obra, queriendo poner el fundamento de su doctrina escéptica, asegura la existencia de juicios *a priori* en el conocimiento humano, deduciéndola de la necesidad y uni-

(1) Fragm. 36, al fin de la obra *Academica*, citado por San Agustin, *De Civit. Dei*, VI, 2.

(2) *Tusculan. Disput.*, III, 5.

(3) *Academ. Pr.*, II, 30.

(4) *Tuscul. Disput.*, V, 14.

(5) *De Deor. Nat.*, I, 2.

(6) *Tuscul. Disput.*, I, 23.

(7) V. págs. 249, 48, 632, ed. cit.

versalidad de ciertos juicios, unidas á la falta de estas cualidades en lo experimental, y suponiendo el principio metafísico de que nadie puede comunicar lo que no tiene (1).—Su doctrina escéptica de la limitacion de las ideas á los fenómenos pretende probarla dando por averiguado que toda forma lógica envuelve la posibilidad de un objeto al cual se refiera, y que este objeto sólo puede encontrarlo en la intuicion empírica. Y luego estiende esta doctrina á los principios contenidos en las ideas, dando por cierto que lo contenido no puede estenderse más allá de su continente (2). Todo lo cual indica no poca certeza en los momentos abstractivo y deductivo.

Por los pasajes aducidos y otros mil que pudieran aducirse, ya de los escépticos citados, ya de otros muchos, venimos á entender que los escépticos olvidan no pocas veces la doctrina del escepticismo universal. La profesan en principio, pero dejan de dudar y proceden como dogmáticos en muchos casos en que segun su principio general debieran estar dudosos. Aquí como en lo relativo á la certeza del escepticismo da indicios de su potencia el instinto de la naturaleza, llevando al escéptico á donde no quisiera ir, induciéndole á la certeza cuando él quisiera dudar.

CAPÍTULO XVII

Inconsecuencia del escepticismo

I

Los hechos consignados en el capítulo anterior nos sirven admirablemente para juzgar la consecuencia del escepticismo, de cualquier clase que éste sea.

(1) V. pág. 48.

(2) V. pág. 251.